

EL TIEMPO

Facundo Venencio

La página de Aerolíneas está caída. Justo en el momento en el que necesita confirmar un vuelo, la página se cae. De a poco, se empieza a desesperar. Todo lo que no se adecúa a sus expectativas, lo considera como una falta de respeto. Y siente que alguien o algo le está haciendo pasar por ese momento a propósito. Alguien le está pinchando su muñeco vudú, alguien está haciendo macumba para ponerle palos en la rueda. Él imagina todas las alternativas. Y se detiene a pensar que lo más probable es que nadie se tome la molestia de hacer tantos malabares. Si alguien quisiera bajarlo, se lo harían saber. ¿Por qué serían tan enigmáticos? Sin embargo, insiste en esa realidad paralela en la que todos son enemigos de él.

Deja de insistir. Lo volverá a intentar más tarde. No le gusta ver coartada su impulsividad. De inmediato, se pone a hacer cualquier cosa. Lo necesita. Sabe que está inquieto. Necesita distraerse. O concentrarse. Lleva tiempo estudiando esa manía suya de ir a las apuradas por la vida. Entonces se pone a pensar en qué es lo mejor para él. Muchas veces, la respuesta es hacer ejercicios de respiración. Otras veces le gusta salir a caminar, mirar a la gente que coincide del lado de su vereda, comprar el diario, recibir el sol que no entra en su casa. De fondo, aparece el sentimiento de no estar haciendo nada. Compara su realidad con la de las otras personas.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



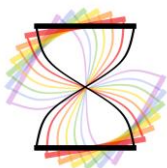
Sospecha estar incompleto y a destiempo. Él mismo asume estar una hora tarde con respecto a todo. Y es una medida de tiempo tan relativa y tan arbitraria. Él siempre piensa que llega tarde a todas partes. Es su relación con el tiempo lo que le tiene tan mal. Una vez, en uno de esos momentos de lucidez, supo que la clave de su bienestar se encontraba en su relación con el tiempo. “El día que yo me sienta bien con el reloj y el calendario, ahí voy a ser más feliz”. También supo decirse a sí mismo: “Si respetás el tiempo, el tiempo te va a respetar a vos”. Siempre, desde la primera persona, narra porque sabe que tiene mejor despliegue por entre los renglones. La hoja en blanco no es un desierto a habitar. La hoja en blanco es un mar impetuoso cuyas olas de tan picadas no dejan ni siquiera asomarse a la orilla sin un mínimo de cautela. Entonces para escribir necesita estar haciéndolo con ritmo, con determinada velocidad. No hay otra forma, para él, de atravesar las olas. Dícese estar surfeando.

Quiere contar su historia. Quiere darle forma a tantas páginas que viene acumulando pero que no tienen ningún hilo conductor. Su deseo es finalmente redactar una novela de todo lo que piensa de todo lo que pasa y que alguien tarde o temprano lo lea y le diga: mirá, acá tenés una historia. Piensa que en el fondo lo que está buscando es garantía y legitimidad. Garantía de que todo lo que él escribe tiene puerto. Legitimidad de que vale la pena que circule. Pero la literatura —y parece que se le ha olvidado— pasa por afuera de estas cuestiones. Escribir consitutuye un placer para el escritor cuando escribe. Aparentemente, verdad de perogrullo. Desde ahora, debe aclararse de nuevo las cosas, porque se le han olvidado. Y no tiene nada de malo. Se lo dice a sí mismo. No tiene nada de malo. Piensa en la literatura como un deporte al que hay que dedicarle cierta cantidad de horas por día, cierta cantidad de días durante la semana. Vino pensando todo este tiempo a la literatura como un atributo, vertical, caído del cielo: como un don. Desde cuándo. Le gusta echarle la culpa a la poesía. Pero sabe que no es verdad y, en simultáneo, reconoce que ese reproche es ridículo. Llega a la conclusión de que no tiene sentido buscar causa ni culpa. Se acostumbró este último tiempo a buscarle la razón de todo a las cosas. La literatura, y él lo sabe, es el placer de leer, en primer lugar, y, luego, es el placer de escribir. Y la escritura sucede en el momento presente. Es lo que importa. Una vez más, el tiempo.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



FACUNDO VENENCIO

facundo.venencio@gmail.com

Nació en 1997, en Río Gallegos, Santa Cruz. Publicó tres libros de poesía: *Desorden* (2016), *Arrogante devoción* (2018) y *Veinte poemas para leer en el bondi* (2023). Actualmente vive en Córdoba. Estudia Licenciatura en Letras Modernas con orientación en Estudios Literarios.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

